

LA JUVENTUD CHILENA Y EL DERECHO A CONSTRUIR SOCIEDAD. UNA PERSPECTIVA HISTÓRICA

VÍCTOR MUÑOZ T.

La juventud, la niñez, la adultez y la tercera edad, constituyen categorizaciones de referencias biológicas y sociales. Indican, de esta forma, tanto la relación entre el cuerpo y el paso de los años, como los roles que la sociedad asigna a cada sujeto según su condición etárea. Para el caso de los límites entre el ser joven y el ser adulto, la influencia de los factores sociales superan a los biológicos, pues la duración, el carácter, los atributos y hasta la existencia misma de un período juvenil, dependen de su configuración en sociedad.

La definición de quiénes son jóvenes y qué es la juventud, son aspectos que definen cada orden sistémico y su reproducción. Pero al ser las sociedades campos de disputa en que distintos sujetos hacen esfuerzos por materializar diversos proyectos, las definiciones de juventud también son múltiples, teniendo cada una un innegable carácter político.¹

Al definirse las características de los jóvenes, en tanto distintos de los adultos, hay atributos, potencialidades y derechos que se les otorgan y otros que se les niegan, delimitándose con ello las esferas de acción de ambos. En la historia de Chile, esto ha dado lugar a conflictos en que las nuevas y las viejas generaciones han confrontado distintas representaciones respecto a sus roles en la sociedad.

Pero la juventud chilena nunca ha constituido un grupo homogéneo. Es por ello que las definiciones de roles y representaciones que se han articulado sobre los jóvenes, se cruzan con las definiciones de roles y representaciones construidas sobre la heterogeneidad de grupos socioeconómicamente diferenciados.

En nuestra historia las definiciones de juventud se han centrado principalmente en si las nuevas generaciones tendrían el derecho de constituirse en sujetos plenos, capaces de ejercer ciudadanía transformando su entorno social. Este derecho a imaginar proyectos colectivos y materializarlos en el espacio público, lo que vendría a ser la definición más clásica de "la política", es el tema que quisiera tratar.

Para ello se analizarán tres enfoques ideológicos sobre la juventud que han sido constantes en la historia de Chile. Representaciones que han contenido una apuesta política de identificación con determinado proyecto sociopolítico. Luego de

1 El sociólogo Pierre Bourdieu sostiene: "...en la división lógica entre jóvenes y viejos está la cuestión del poder, de la división (en el sentido de repartición) de los poderes. Las clasificaciones por edad (y también por sexo, o, claro, por clase) vienen a ser siempre una forma de imponer límites, de producir un orden en el cual cada quien debe mantenerse, donde cada quien debe ocupar su lugar." Bourdieu Pierre, "La juventud no es más que una palabra", en Sociología y Cultura. Grijalbo, México, 1990. P 164.

ello, se propondrá un enfoque que busca superar sesgos presentes en las anteriores representaciones ideológicas, apelando a una conceptualización de carácter histórica, que no por ello deja de ser igualmente política.

En este último punto se reflexionará sobre el reconocimiento social del derecho de los jóvenes de constituirse en sujetos sociales dentro de la democracia chilena, así como evaluar las posibilidades actuales del accionar social juvenil cuando, al parecer, los mecanismos institucionales de participación democrática no motivan al grueso de los jóvenes.

a) La juventud como espera

Recientemente el programa de Televisión Nacional "El caballo de Troya", transmitió una entrevista al alcalde de la comuna de Independencia Antonio Garrido. En él se interrogaba al edil respecto a la normativa de los colegios de su comuna de prohibir el uso del pelo largo en los hombres. El periodista preguntó si acaso esta medida violaba los derechos de los jóvenes de elegir libremente su apariencia personal. El alcalde contestó tajantemente que le molestaban las referencias a los derechos de los jóvenes, pues para él los estudiantes tenían antes que nada deberes, el deber de estudiar que era su gran responsabilidad ante la sociedad.

Mas allá del tema puntual de la opción estética de los jóvenes, esta situación ejemplifica un posicionamiento que considera a la juventud un sujeto pendiente, que no cumple las condiciones para incidir en la construcción de sociedad.

Esta representación de juventud ha sido esgrimida por grandes poderes sistémicos en la historia de Chile, y su objetivo ha sido marginar de ciertos espacios a los que caben dentro de su definición.

Asociando el ser adulto a una mayor capacidad para tomar decisiones en el nivel público, quienes aún no lo son pasan a ser considerados menos aptos para actuar en tales niveles. El accionar de los jóvenes se limitaría, entonces, a la espera de una inserción en un orden social que no podrían cambiar. Con ello se entiende que una inserción óptima de la juventud, debe cumplir con la reproducción de las estructuras socioeconómicas.

Además de ello, en las sociedades modernas los discursos hegemónicos han tendido a valorar los sistemas sociales como contenedores y reproductores de racionalidad, por lo que aquéllos que no están plenamente insertos en tanto "adultos", suelen ser estigmatizados como portadores de un accionar menos racional que aquéllos que sí lo son. Es así como lo que produce la juventud desde sí misma, sus actitudes, percepciones y proyectos, suelen ser representados como muestras de idealismo pasajero, rebeldías que pudiendo ser "bellos sueños" o "peligrosas desviaciones", no contienen un carácter propositivo con potencial de construir orden social. Los jóvenes suelen ser valorados como un futuro que debe esperar su turno para ser efectivo socialmente, una vez que "sienten cabeza" y adquieran la responsabilidad, seriedad y actuar racional, que sólo se adquiere con la inserción sistémica.

Pero si el joven sólo es sujeto cuando se inserta en un sistema social ya configurado, se le sustrae toda su potencialidad de decidir la sociedad en que desea vivir. Por ello, esta representación de los jóvenes constituye una apuesta política que valora la conservación de las sociedades, en desmedro del derecho de los ciudadanos de materializar cambios sociales.

El ejemplo de las opiniones de Garrido, más que una metáfora, es una expresión sumamente concreta de la negación del derecho de los jóvenes a construir su historia. Y es que en nuestro país la estructura de la escuela ha obedecido a este posicionamiento ideológico, reproduciéndolo en una serie de normativas que regularían una convivencia escolar que, en teoría, los prepararía para la convivencia social de la vida adulta. Se dice a los estudiantes que deben cortarse el pelo porque así se lo exigirán en sus futuros trabajos, que deben llegar a la hora porque en éstos deberán cumplir horarios, que deben acatar las “normas de la unidad educativa” sin discutirlos, porque como adultos no podrán poner en discusión las normas que rigen la sociedad.

Nuestros colegios constituyen espacios tremendamente autoritarios. En los últimos años la mercantilización de la enseñanza da la posibilidad de una educación diferente sólo a aquél que paga por ella. Los catálogos del consumo educativo presentan ambientes escolares más libres que en el discurso no discriminan a nadie. Pero en verdad sí lo hacen, pues aunque los alumnos puedan ir con el pelo verde al colegio particular, en Chile sólo lo pueden hacer los que pagan ese derecho.

En general, los colegios educan para una convivencia democrática basada en la obediencia y no en la libre expresión. Contrario a esta definición, no deja de ser curioso que los estudiantes asocien el término convivencia a un especie de estado de excepción en la rutina escolar. Cuando estudiaba, recuerdo que la convivencia era el momento en que se subvertía el orden de la sala, las sillas se ponían en círculo, se comía ramitas y se tomaba bebida. Era un espacio de celebración gestionado por los alumnos. En él se apelaba, ya sea al santo de un profesor, la despedida de alguien o uno de los tantos “días de” que inventan los publicistas. La propuesta de convivencia se le presentaba a las autoridades como hecho consumado, y muchas veces, como un homenaje sorpresa a esta misma, comprometiendo en ello un chantaje emocional que siempre daba buenos resultados en esta ideal forma de no hacer clases y “convivir” lúdicamente.

Si pensamos que en la democracia el sistema social debe ser reflejo de los sujetos sociales y no los sujetos reflejos del sistema, la actual reforma educacional debería acabar con las autoritarias nociones de convivencia. El espíritu de la convivencia de bebidas y ramitas nos habla de relaciones horizontales que se unen en una autogestión creativa. Para poder incorporar este potencial en una convivencia escolar que se proyecte a la convivencia social, se hace necesario abandonar los principios de la constante represión. La preparación para la vida en sociedad no puede significar la enseñanza de la sumisión acrítica a reglamentaciones en las que no se ha escuchado la voz de los alumnos. El respeto de los derechos juveniles requiere de nuevas ópticas que abran a las

nuevas generaciones la posibilidad de soñar y materializar proyectos de cambio social.

b) La juventud como problema social y amenaza latente

En parte ligada a la concepción anterior, otra representación referida a la juventud, la sitúa como un eterno problema social. La tarea de la inserción aparece como una constante que sugiere responsabilidades colectivas: para los jóvenes, insertarse adecuadamente; para la sociedad en su conjunto, velar porque la inserción se efectúe. Se estima a la vez, que de no desarrollarse de forma óptima tal inserción, ocupando los nuevos adultos lugares específicos en las relaciones socioeconómicas, el problema juvenil adquiriría connotación de amenaza al orden vigente.

La representación del constante "problema juvenil" como "problema amenaza" ha tenido una serie de momentos de emergencia en la historia de Chile. Estos momentos han tenido como contexto la incapacidad de las estructuras socioeconómicas de efectuar las inserciones sociales ofrecidas, así como el surgimiento de proyectos alternativos en las nociones de futuro de los sectores juveniles.

Por ejemplo, durante el siglo XIX, la juventud popular se enfrentaba a un orden sistémico que abría y cerraba vías de inserción, al vertiginoso ritmo de los ciclos económicos y los cambios en la configuración y en los intereses de los sectores sociales dominantes.²

Fue entonces cuando las nuevas generaciones de jóvenes campesinos vieron que el sistema social sólo les ofrecía ser más pobres que sus padres, debiendo hacer de peón estable en la hacienda cuando los padres eran inquilinos, o dividiendo la pequeña tierra familiar entre los hermanos cuando éstos eran labradores. En estas condiciones, los jóvenes optaron en gran número por inventarse un sitio en la sociedad al margen de los roles establecidos desde los grandes poderes. Para ello comenzaron a vagabundear tomando empleos temporales en el campo, la ciudad y la mina; es decir, convertidos en peones itinerantes o "gañanes".

Los gañanes, al no estar plenamente insertos en el sistema social, escapaban al control de éste, por lo que se les consideró socialmente peligrosos. Los poderosos, aquellos que tenían su sitio asegurado en las alturas del escalafón social, sintieron un profundo temor por estos rotos "mal entretenidos" que desafiaban el orden y la moral. Cargando con estos estigmas, los gañanes debieron huir repetidas veces desde los distintos lugares que comprendían su circuito de vagabundaje. Desde la primera huida de la tierra de origen, los gañanes vivieron escapando de un lugar a otro. En determinados momentos los peones itinerantes llegaron más allá de la frontera mapuche, adoptando la cultura de los indígenas; o se fueron en busca de oro a California, o de un mejor jornal a

2 Ver la producción de investigadores como Gabriel Salazar, José Bengoa y María Angélica Illanes, entre otros.

Argentina y Perú. También huyeron cuando las levadas militares de uno u otro bando los requerían para sus mal alimentados ejércitos. Escaparon convertidos en bandoleros tras efectuar asaltos y hurtos, y como peones mineros tras cobrar pagos adelantados y sustraer minerales.

Las mujeres, en cambio, se establecieron en ranchos y habitaron los primeros conventillos de las ciudades. Solas criaban a sus hijos “huachos”. Niños que sufriendo la misma marginación que sus progenitores, optaban por proyectos de vida similares a la de sus padres ausentes.

De esta forma, la inestable libertad del gañán implicaba una espera juvenil que se extendía sin visualizar posibilidades de asentamiento. En algunos casos, el peón que pasaba los 25 años formaba una familia y se asentaba. Pero un gran número de ellos nunca terminaba su largo peregrinar o moría en la mitad de éste. A veces el peón que formaba familia huía nuevamente abandonándola definitivamente o para volver de vez en cuando, en los momentos en que el azar lo llevara nuevamente a tales tierras.

El estado asumió el problema que le significaba esta materialización de proyectos de vida en los márgenes de la estructura sistémica. Al comienzo fue sólo la represión. Se obligaba a los gañanes a andar con una papeleta que certificara un empleo estable, se les sometía a trabajos forzados, se destruían sus espacios de sociabilidad y se perseguía su red de comercio ambulante. Cuando los capitalistas quisieron modernizar la producción proletarizando la mano de obra errante, lo hicieron con métodos semiserviles que recordaban la legalmente abolida esclavitud. Entonces se unió el capital, la policía y las instituciones legislativas del estado, y volvió el castigo de azotes para los que se resistían a vivir como los grandes poderes lo establecían.

Pero si algo nos dicen las crónicas de los movimientos obreros del siglo XX, es que la mentalidad del desacato, la búsqueda de libertad y el deseo de decidir el destino propio, no fue aplacado por los métodos de disciplinamiento sistémico. La memoria histórica recorrió sus cauces y el derecho de elegir se arraigó como una constante reivindicación del mundo popular.

Esta no fue ni la primera ni la última vez que en Chile los jóvenes marginados del sistema social se representaban como un problema y una latente amenaza. En la década de los ochenta, la juventud que participó activamente de las protestas nacionales contra la dictadura fue calificada de terrorista, con lo que se pretendió justificar la brutal represión de la que fue víctima.

Tal juventud se caracterizaba por haber recibido la promesa sistémica de que un mayor nivel de estudios que el que tuvieron sus padres, traería una inserción laboral más satisfactoria. Ello no ocurrió, y los jóvenes desempleados pasaban el día en las esquinas compartiendo con sus pares un tiempo libre no deseado. En la cotidianidad eran los “marihuaneros”, los “vagos de la esquina”, “las malas juntas”. La marginación los marcaba hasta en sus propios espacios, debiendo sobrellevar a diario la carga de tales estigmas. Pero durante la protesta estas recriminaciones se suspendían, y los mismos jóvenes veían como los vecinos les abrían las puertas para protegerlos de las balas. Entonces, quienes ya viejos no tenían vitalidad para arriesgarse, agradecían profundamente la decisión

de los jóvenes. Por el día de la protesta éstos serían los héroes de la población. El resto de la semana continuarían siendo los “marihuaneros” de la esquina.

Quizás las canciones del grupo de rock “Los Prisioneros” sean las que mejor describen esta doble condición en que transitaban los jóvenes pobladores de la década del ochenta. Estructuralmente marginados, pero asumiéndose protagonistas de una historia que estaba a la mano. En las protestas nacionales los jóvenes no sólo expresaban rabia con el sistema, sino que también la esperanza de aportar a un gran cambio social, que se creía, vendría tras el derrocamiento del régimen. Es la dualidad entre “el baile de los que sobran” y “la voz de los ochenta”, aquella aparente contradicción entre la marginalidad a la que condiciona el sistema y el tremendo protagonismo que la generación tiene frente de sí “...en plena edad del plástico, seremos fuerza, seremos cambio, no te conformes con mirar, en los ochenta tu rol es estelar”.³

En los años 90 la nueva democracia, lejos de incorporar a los jóvenes a la construcción del nuevo orden democrático, los representa como acreedores pasivos de la deuda social, un problema que se heredaba de la dictadura y que debía ser solucionado desde las alturas del poder político. Con ello, las representaciones que se construyen desde el estado, se desentendieron de la “fuerza de cambio” de los jóvenes y los vieron sólo como los que “pateando piedras” desde la exclusión, debían ser insertados socioeconómicamente.

Nuevamente aparecía la juventud como un problema. Los jóvenes populares serían sujetos “dañados” psicosocialmente, y por tanto, debían esperar la inserción sistémica para ser sujetos plenos. El problema era también amenaza, manifestándose en los medios de comunicación un temor a la rabia de los marginales. Joven pasa a ser la delincuencia, la drogadicción, el desorden callejero. Jóvenes también los que no valoraban la familia, actores principales de cuanta crisis moral se pueda imaginar. Jóvenes los que no se inscribían en los registros electorales poniendo en problemas los mecanismos de legitimación de la nueva democracia. Juventud apática, irresponsable, anómica, dañada. Juventud que debía ser insertada desde el sistema, debiendo, por su bien, aceptar pasivamente tal inserción. Juventud que se le reconocía el derecho de ser acogida en una sociedad construida por otros, pero que se le negaba el derecho ser parte propositiva en la construcción de esta sociedad.

**C) La juventud como motor del cambio social.
“Ser joven y no ser revolucionario es una
contradicción hasta biológica”
Salvador Allende**

La juventud también se ha representado como sujeto protagonista de cambios sociales progresistas. Tales valoraciones han surgido en contextos de emergencia de movimientos sociopolíticos protagonizados por jóvenes. Sin embargo, estas representaciones han cobrado en momentos un carácter

3 De “La voz de los ochenta”. Album de Los Prisioneros editado en 1985.

esencialista que ha visto en la rebeldía juvenil ante el sistema, una característica arraigada en su naturaleza. La imagen del joven que busca el cambio social pierde entonces su historicidad y se convierte en un rol de carácter universal.

La imagen de la juventud como sujeto protagonista ha acompañado grandes proyectos transformadores en la historia de la humanidad, los que no han sido patrimonio exclusivo de las izquierdas políticas. Por ejemplo, la imagen de la juventud idealizada por el fascismo italiano es uno de sus ejemplos más paradigmáticos. La asociación entre revolución y juventud, la “Joven Italia” en constante progreso renovador, y la imagen de fortaleza física simbolizada en un Mussolini siempre vital, un especie de Dorian Gray que pese a los años no deja de ser representado como un joven de la patria.⁴

En Chile la noción del joven motor de los cambios, no siempre ha estado acompañada de valoraciones esencialistas. Cuando así ha sido, éstas se han cruzado con otras valoraciones que han visto alguna esencialidad, rol universal o destino manifiesto, en la acción de determinado sector socioeconómico.

Durante los años veinte la juventud universitaria quería reformar la academia y la sociedad, tarea que, se asumía, estaba llamada a ser conducida por los jóvenes. Entonces el poeta mártir de la bohemia universitaria, José Domingo Gómez Rojas manifestó: **“Vociferábamos contra los burgueses y; ¡nosotros los dioses! como nos llamábamos a nosotros mismos supimos comprender entonces que nuestra virtud de juventud debía renovar el mundo”**.⁵ Imagen similar usó Eugenio Tironi cincuenta años después cuando se refirió a su generación, la generación de 1968: **“Fuimos dioses desde siempre. En nosotros, aquel sentimiento de omnipotencia que, para bien de la especie, cada cual lleva consigo, fue llevado hasta el límite... No entramos pidiendo permiso: éramos los dueños del país, los más apropiados escultores de su destino; o al menos así lo sentíamos, lo que para el caso da lo mismo ... nos tomábamos las universidades, los liceos y hasta los colegios particulares si la educación nos parecía reaccionaria... si la antes sagrada jerarquía de la Iglesia Católica nos resultaba ajena, nos tomábamos la Catedral de Santiago, si “El Mercurio” era mentiroso, entonces proclamábamos a los cuatro vientos que mentía.”**⁶

En los años 60 y 70 el protagonismo de los jóvenes fue clave en los procesos políticos y sociales del país. Sin embargo, a menudo se cometía el error de quitarle su principal riqueza, su carácter histórico, dándole un carácter esencial apoyado en abstracciones universalistas. En tales casos, el protagonismo juvenil

4 Ver: Malvano Laura, “El mito de la juventud a través de la imagen. El fascismo italiano”. En Giovanni Levi, Jean Claude Schmitt. Historia de los jóvenes. Tomo II. Ed Taurus, Madrid 1996.

5 Extraído de “El artista pintor Alfredo Lobos”, citado en : Moraga Fabio, Vega Carlos. José Domingo Gómez Rojas: Vida y obra. Editorial Ateli, Punta Arenas, 1997. P. 14.

6 Tironi Eugenio. “Sólo ayer éramos dioses”, en La torre de Babel. Ensayos de crítica y renovación política. Editorial Sur. Santiago 1984. Páginas 17 – 18.

se asumió desde ideologías que construyeron imágenes de uso práctico para las luchas sociopolíticas.

Asociado a lo anterior, está la construcción de modelos ideológicos de jóvenes, que se adaptaban a determinados proyectos. Durante la Unidad Popular, la historicidad juvenil salió a la calle y no podía caber duda de que se resistía a ser un sujeto pasivo. Pero, la pugna también se daba a nivel de las imágenes y la necesidad de legitimar determinados modelos de jóvenes. La frase de Salvador Allende ya citada, es clave para entender uno de los modelos de juventud que el gobierno de la Unidad Popular deseaba proyectar: los revolucionarios eran los que asumían su “natural” rebeldía, los conservadores eran los que no asumían su verdadero rol de jóvenes.

La relación con roles históricos asociados a clases sociales fue clara también en el discurso de la Unidad Popular sobre los jóvenes. En el texto “Viaje por la juventud” impreso por Quimantú, quedan de manifiesto. Este documento muestra, por un lado, las imágenes de la juventud trabajadora y los estudiantes preocupados del futuro de su patria. Por otro lado, está la liviandad de la constante diversión de los adinerados, los “hijitos de papá” que andaban en moto por Providencia, hippies que se drogaban y escuchaban a **“The Doors, Credence Clearwater Revival, Mitch Rider and The Detroit Wheels y otros aborígenes”**.⁷ Quizás alguien que fue en contra de estos encasillamientos en el campo de la cultura fue Víctor Jara. Este se acercó a los rockeros para conocer sus propuestas musicales, sin ningún ánimo de reprocharles el uso de guitarra eléctrica y el gusto por la música en inglés. No es extraño entonces que él, siendo ya maduro cuando la dictadura lo asesinó, se haya constituido en un símbolo permanente de las culturas juveniles.

Pero independientemente de las representaciones, es claro que los jóvenes han desarrollado potencialidades históricas y no esenciales, que los han situado como actores relevantes de múltiples procesos sociales en Chile. Sus luchas por constituirse en sujetos plenos se han manifestado desde sus tensiones individuales al proyectar metas y sueños en sus vidas, hasta aquellas asociaciones en que han compartido socialmente tales tensiones y han proyectado futuros colectivos.

d) La juventud como sujeto histórico en constante tensión. La juventud actual y el derecho de decidir en una sociedad democrática

La juventud, como dije, es una categoría asociada a sujetos sumamente diferenciados en su condición al interior del sistema social. Pero considerando lo relativo que puede significar ser joven, cabe la pregunta de qué es lo que nos permite ocupar la categoría en términos genéricos e históricos, asociando a ella determinados derechos.

7 En Abarca Luis, Forch Juan. Viaje por la Juventud. Colección Nosotros los chilenos. Editorial Quimantú. Santiago 1972. Página 9.

Se ha visto que es posible hablar de "Juventud" en referencia a los sentidos que se le han dado, los sectores que a ella se han asociado, los sujetos que han construido tales definiciones y las nociones de sociedad y apuestas históricas de estos últimos. Pero, ¿existe un sector juvenil reconocible por características propias y no sólo en referencia a las representaciones y autorrepresentaciones de diversos sujetos históricos? ¿Podemos reconocer elementos más permanentes en las juventudes de diversas épocas y condiciones sociales? ¿Es posible la construcción de una categoría de juventud que permita comparar juventudes a partir de cierta condición común a la generalidad, sin por ello negar las heterogeneidades?

Desde una perspectiva histórica, creo que en los sistemas sociales más complejos es posible reconocer algunos elementos comunes a las juventudes. Éstos se asocian a la intensa construcción de proyectos existenciales y búsqueda identitaria por parte de las generaciones que no están plenamente insertas en los órdenes sociales.

Los intentos de materializar estos proyectos son caracterizados por una serie de tensiones. Tensiones entre las ofertas de inserciones sistémicas, las metas y sueños contruidos a nivel de los sujetos y una situación socioeconómica que condiciona las posibilidades de tales proyectos. Las tensiones varían en los tipos de inserciones que se ofrecen sistémicamente, las mayores o menores trabas socioeconómicas a los futuros proyectados, el carácter de las incertezas que se viven en el período y los modos de sobrellevar estas últimas.⁸

Mediando deseos, condicionantes e imposiciones, los jóvenes han construido sus vidas en luchas que no tienen el mismo dramatismo para la totalidad de sujetos que viven el período. Pero es la centralidad que adquiere esta lucha por el futuro existencial, ante un orden social donde aún no tienen un lugar definido, aquello que definiría a la generalidad de juventudes, constituyéndose en una constante para diversas épocas y condiciones sociales. La heterogeneidad de las juventudes se caracterizará por la variedad de formas en que esta lucha se presenta.

Los períodos juveniles, epocal y socialmente, constan de diversas duraciones. Su tiempo de extensión es valorado como beneficioso o perjudicial, según lo que ello implique para las condiciones en que se desarrollan las inserciones socioeconómicas. Igualmente, las incertezas juveniles han sido asumidas de diferentes formas. La búsqueda de la pronta inserción, el hacer de la espera un período de preparación para que ésta se efectúe de forma deseada, o el inventar inserciones socioeconómicas al margen de las sistémicamente establecidas, son algunas de la gran variedad de posibilidades puestas en práctica por las juventudes. En ellas han jugado un papel importante las condicionantes sistémicas, pero también el accionar social de los propios sujetos juveniles.

8 Una lectura interesante al respecto, se encuentra en: Duarte Klaudio, Colectivo Popular Newence, Juventud popular: El rollo entre ser lo que queremos, o ser lo que nos imponen... Ed. Lom. Santiago, 1994.

Los proyectos colectivos que surgen desde la juventud, se constituyen a partir de asociaciones que, desde su nivel más básico, el grupo de pares, hasta sistemas organizacionales más complejos, han dado lugar a referentes identitarios en que las tensiones individuales se comparten y se proyectan futuros comunes. El no estar plenamente insertos en las relaciones socioeconómicas, hace que en tales proyectos esté especialmente latente lo alternativo a los órdenes hegemónicos, lo que no significa en ningún caso que la juventud sea rebelde por esencia.

Respecto a esta capacidad de los sujetos juveniles de desarrollar proyectos colectivos y constituir movimientos sociales, hay una importante tendencia en las ciencias sociales que les atribuye limitantes inherentes a su condición de jóvenes. Éstas van desde los mencionados mitos de la rebeldía juvenil irracional, hasta una imposibilidad de acumular aprendizaje histórico y promover movimientos que superen la fugacidad de los estallidos sociales coyunturales. Estos posicionamientos, que se justifican en una particular vulnerabilidad de los jóvenes respecto a los niveles socioeconómicos generales, olvidan los papeles que juegan los procesos internos de las asociaciones juveniles, las dinámicas de construcción y transmisión de saberes que se desarrollan en tal nivel. Creo que los jóvenes tienen la potencialidad de construir movimientos sociales, como de hecho, así ha sido. La voluntad historicista manifestada por ellos se articula de distintas formas según cada contexto, sus fracasos y sus triunfos han sido producto de circunstancias concretas y no de esencialidades que limiten la efectividad social de las nuevas generaciones. En todo caso, ningún fracaso es completo, pues la persistencia de la memoria y la necesidad de enfrentar conjuntamente las tensiones juveniles han hecho que los repliegues de los movimientos casi siempre incorporan una labor reconstructiva.

Para estudiar el protagonismo social de la juventud de los últimos años, es necesario tener esta perspectiva de auge y repliegues históricos de los movimientos juveniles. En el caso de la juventud poblacional, el retorno a la democracia en 1990 trae consigo un abrupto repliegue del movimiento popular. Este se manifiesta en el fin de un tipo de organización social y el comienzo de nuevas experiencias organizacionales con características marcadamente diferentes.

En ese entonces, las organizaciones juveniles vieron afectadas sus relaciones con tres espacios: La Iglesia Católica, los partidos políticos y las ONG. El cómo se presentarían las relaciones con estas instancias, había definido tanto el tipo de organización como la actitud y discurso de los organizados.

En el caso de la relación establecida con los partidos, ésta reproducía profundas tensiones en lo que se refiere a la forma en que se asumían las dimensiones de lo social y lo político partidista. Presentes los partidos en las organizaciones sociales provocaban que lo político partidista, con pretensiones de situarse como un espacio con mayor amplitud propositiva y poseyendo una red de relaciones de su exclusividad, se elevara como una racionalidad y una lógica marcadamente distinta de las producidas a nivel de la base social.

Y es que mientras desde lo social había una tendencia a reproducir las relaciones horizontales del grupo de pares, desde lo partidario se proyectaba la verticalidad de su estructura, así como el sentimiento de entender lo social como un espacio que había que dirigir desde su exterioridad. Desde la reconstrucción organizacional que desarrollaron los jóvenes pobladores tras el golpe militar, la tendencia de las organizaciones juveniles fue el paulatino fortalecimiento de la lógica del partido por sobre la comunitaria. En los años 80 esta realidad habría llegado a su punto más alto. Es así como el proceso sufrió una tensión constante entre lo social como potenciación de una capacidad propositiva autónoma de la comunidad y la política de los partidos autoasumidos como vanguardias.

Con la llegada de la democracia los partidos políticos se situaban en la gran política institucional perdiendo presencia local. Con ello terminaba la relación tensionante entre lo social y lo político partidista, pero al mismo tiempo las organizaciones perdían contacto con una de las principales instancias con las que se habían relacionado, razón por la que la crisis de los partidos fue también la crisis de las organizaciones.

Paralelamente a ello, la Iglesia Católica comenzó a exigir relaciones estrictamente pastorales en su espacio; y las ONG sufrieron una crisis al perder gran parte del apoyo internacional, que entendía que Chile entraba en un estado de normalidad. La suma de todo ello trajo consigo la desarticulación de un tipo de organización cuyas dependencias quedaban manifiestas.

Los tipos de organización juvenil construidos a partir del año 90, se articularían en cambio, en torno a otros ejes: el celo por la autonomía de la organización, que los hace resistirse a lo que perciben como intenciones de controlar las organizaciones por parte de los partidos políticos y las instituciones; y el deseo de proteger las lógicas de acción internas de los grupos, que en general, se caracterizan por la ausencia de cargos definidos y la fuerte valoración de relaciones horizontales.

En este carácter social de los jóvenes se apoyaría el rechazo de muchos grupos a obtener la personalidad jurídica. Ésta, al exigir la conformación de una directiva, se asume contraria a la estructura horizontal de las organizaciones. También se debe asociar a ello la desconfianza respecto al municipio y los organismos estatales en general, derivada, muchas veces, de la desconfianza que se tiene de los partidos políticos. Se teme que los organismos estatales intenten la apropiación de las iniciativas juveniles y en definitiva, se teme que las lógicas de acción instrumentales de las instituciones afecten las lógicas comunitarias de las organizaciones.

Las instituciones no han captado estas nuevas tendencias de las organizaciones juveniles poblacionales y han continuado con una forma de operar que dificulta la comunicación entre las organizaciones juveniles y las instancias estatales que proyectan ofertas de participación institucional. Los gobiernos locales promueven la formalización de las organizaciones, pero aquellas que se formalizan son, en general, la minoría, lo que impide que los municipios conozcan la real magnitud del tejido organizacional de los jóvenes. Por otro lado, fondos estatales como el Fosis proyectan una serie de iniciativas destinadas a

incrementar las experiencias organizativas de los jóvenes, como son los programas “PLDJ” y “Encuentro Joven”. Sin embargo, muchas de estas iniciativas terminan produciendo organizaciones que no permanecen en el tiempo, si no que empiezan y terminan junto con la ejecución de un proyecto institucional. Tales “organizaciones fantasmas” han hecho que estas instituciones busquen motivar la autogestión de los jóvenes en el plano de la formulación y ejecución de proyectos comunitarios y de esta forma garantizar la permanencia de las organizaciones.

Estas dificultades de algunas agrupaciones juveniles para superar la fugacidad “fantasmal”, contrastan con una serie de iniciativas que permanecen por largos períodos sin tener personalidad jurídica, sin centrar su accionar en la formulación de proyectos, y muchas veces, sin tener ningún nexo con el municipio. Creo que estas aparentes paradojas deben ser analizadas, pues dan cuenta de efectivos modelos de autogestión juvenil en lo que se refiere a ejercer el derecho a ser sujetos con incidencia social.

Muchas de las actuales organizaciones de la juventud pobladora se componen de jóvenes que, manifestando interés en incidir socialmente, no se motivan por inscribirse en los registros electorales y participar de la política institucional. Esto pone en duda la representación fuertemente difundida en los últimos años, que dice que la no participación en los mecanismos institucionales de accionar político, es de por sí una muestra de “apoliticismo”. Según esta lectura, los jóvenes que no deseen participar electoralmente presentarían una apatía respecto a la configuración de la sociedad. Serían entonces conservadores y apoyarían su sitio de sujetos pendientes. La verdad es que el problema es mucho mas complejo que eso. La ciudadanía no puede ser asumida sólo como el acto de votar, de la misma forma que la política no puede ser reducida a la acción ejercida por vía de referentes institucionales, como son los partidos. La política es patrimonio de los sujetos y se estructura socialmente según las instancias de acción colectiva que éstos construyen. Los partidos son una posibilidad real de canalizar la acción política, pero no son la única.

La pregunta que los niveles institucionales constituidos para la acción política deben formularse, es por qué sus ofertas de participación social no resultan atrayentes tanto para los jóvenes, como para la gran mayoría de los ciudadanos.

La razón de esto se encuentra, en gran medida, en el modelo de transición a la democracia por el cual se optó. Éste elevaba la política a labor de especialistas, presentando a los partidos como únicas instancias desde las que se podía ser sujeto en el ámbito público.

Pero esta política comenzaba a aparecer como un espacio en que nada podía ser cambiado en términos muy radicales, las izquierdas y las derechas se volvían difusas en un mar de consensos y los proyectos de país debían continuamente subordinarse a “lógicas de la responsabilidad” que sobrevaloraban la mantención de la sociedad en desmedro del cambio.

Hoy la sociedad chilena no cuenta con mecanismos óptimos para la participación democrática, lo que se ve agravado por la mantención de estructuras de poder creadas durante la dictadura, que dificultan los avances en esta materia.

Dentro de este marco es necesario asumir que los problemas de nuestra sociedad pasan porque ésta no se asume a sí misma en su diversidad, ni enfrenta los conflictos que existen en su seno. El deseo enfermizo de imponer acuerdos que pretendan negar amnésicamente las heridas y conflictos del pasado, constituye el verdadero daño psicosocial de los chilenos. El creer que la unidad nacional se logra limitándonos en nuestro derecho de decidir.

En democracia convivir no supone la ausencia de conflicto. La pugna entre diversos proyectos de sociedad es la base de una real ciudadanía. Por ello, siempre las dictaduras han apelado a la unidad nacional en tanto estado de tranquila pasividad en que los sujetos son despojados de su efectividad por las estructuras de poder.

Para una sociedad que se resiste al cambio, la juventud será necesariamente un problema. Pero lo cierto es que los problemas de la sociedad no son los jóvenes, si no la incapacidad de ofrecer instancias en que éstos se sientan partícipes de una verdadera convivencia democrática, una convivencia que exista no porque los jóvenes la acepten pasivamente, sino porque la ayuden a construir. Sólo a partir de esta premisa es posible el respeto de los derechos juveniles.